



24 Enero 1971

Apreciados Hermanos:

Debo comunicaros la triste noticia del fallecimiento de uno de nuestros veteranos. Tras larga agonía, se dormía en el Señor, la madrugada del pasado 9 de noviembre, el benemérito Sacerdote

D. Federico Jordana Balust

a los 81 años de edad.

Su fe profunda y su espíritu animoso le ayudaron al acercarse su última hora, dándole la confianza y la serenidad del hijo que se encamina a la casa del Padre. Su morada de siempre fue Sarriá, donde volcó generosamente sus energías apostólicas desde los primeros años de vida salesiana; pero desde hacía un mes residía en el pabellón sanitario de los Hogares Mundet, adonde fue trasladado para una mejor atención de sus dolencias. Desde aquí debemos expresar nuestra gratitud a los hermanos de aquella casa salesiana, por las delicadezas de que le hicieron objeto, gratitud extensiva a las Hijas de la Caridad, médicos de guardia y demás personal sanitario, cuyo trato exquisito y servicial tanto colaboró a dar ánimos al querido enfermo, que nunca hubiera podido verse igualmente atendido en un colegio.

Nacido en Sarroca de Bellera (Lérida), en 1889, de familia cristianísima, fue el menor de cinco hermanos. La madre era de una rectitud moral extremada y, temiendo que un sobrino se perdiera por ciertos incidentes familiares, lo recogió en su hogar como si de un propio hijo se tratara; de modo que en la práctica cuidó de seis hijos. La rama materna contó con varios sacerdotes, monjas, maestros y farmacéuticos. El padre aportó las tierras de labranza que constituían un patrimonio de los más fuertes de la comarca.

Hablar de los Jordana equivalía a hablar de buena gente. De ello hay constancia hasta que desaparecieron los dos hermanos solteros de don Federico, que se quedaron en la casa solariega, prodigándose en servicios de caridad entre el vecindario y aun en los pueblos cercanos.

A los 9 años ingresó él en nuestras Escuelas de San José de Barcelona (calle Rocafort), donde pudo captar bien pronto la devoción de los primeros salesianos a la Virgen Auxiliadora y su amor a Don Bosco, fallecido diez años antes. Sobre todo el director, don Antonio Aime, que de chico había cantado a dúo con el Padre Fundador y que contaba tantas cosas de Turín, influyó decisivamente en su vocación. Se quedaría con Don Bosco. Decidido. Le acompañaba su amigo Rafael Mercadé, hoy misionero en las Antillas, y emplazaba a otro amigo, Luis Cutillas, que actualmente forma parte de esta comunidad de Sarriá.

Cursó Humanidades del 1902 al 1906 y realizó el noviciado en esta Casa, a la sazón sede inspectorial para toda España. El Padre Maestro, don Antonio Balzarío, encontró en él un campo muy abonado para la siembra de las virtudes fundamentales del salesiano. Profesó el día de San José de 1908 y empezaba seguidamente la Filosofía, si bien los superiores, por falta de personal, le hicieron interrumpir los estudios. Así le

vemos en Sarriá y en Valencia de trienal, concluyendo luego la Filosofía en Campello y dando comienzo allí mismo a los estudios de Teología. Sólo estuvo dos cursos en el estudiantado, debiendo compaginar en adelante las ciencias sagradas con la clase a los muchachos. Se ordenó en sacris en Mataró, el año 1916, por manos de Mons. Mas, obispo de Gerona, quien le confirió el presbiterado el 5 de julio de 1917. Su alegría no fue completa, pues faltaba su santa madre que unos años antes había volado al cielo.

Le oí comentar, aunque sin quejarse, que sus anchas espaldas para la clase y la disciplina eran la causa de sus interrupciones de la vida normal en las casas de formación, lamentándose un tanto de su teología barata. Pero quienes pudimos apreciar su prudencia y su claridad de conceptos, en la confesión y fuera de ella, no estamos de acuerdo con su aserto. El Señor hizo fecundos los sacrificios y la entrega sin reservas de don Federico. En el ministerio de la penitencia tuvo contacto con millares de fieles, jóvenes y adultos, prestigiando la labor apostólica de los salesianos en la barriada, a través de nuestro santuario de María Auxiliadora, hoy convertido en parroquia. Confesor de muchas comunidades religiosas, solicitado para casos delicados de personas reacias en el lecho del dolor, puntualísimo durante muchos años en su confesonario a las 6,30 de la mañana, ha pasado a ser la figura ideal del salesiano que supo unir la tarea docente y de asistencia a los alumnos con la acción pastoral del ministerio delicadísimo de la confesión, promoviendo a una mayor tensión y compromiso cristiano a cuantos se acercaban a él. Así lo han manifestado últimamente muchas personas.

Pasó gran parte de su vida de sacerdote desempeñando el cargo de consejero en la sección profesional de esta Casa de Sarriá que, por tradición, incluía la asistencia del comedor. Con ello decimos mucho. Siempre en su sitio y precediendo a todos en el trabajo por arduo que fuera, con una paz y alegría profunda que no pocas veces traicionaba su actitud de hombre duro, que debía salvar la disciplina general y enfocar según unos criterios de eficacia los estudios de los muchachos.

Era exigente y comprensivo a un tiempo. Hombre de gran corazón.

Recuerdo que, a sus 74 años, hube de darle todavía, en el reparto de asignaturas, la Religión de 3.º de Bachillerato, pues quería seguir rindiendo en el aula. El veterano soldado no se resignaba a arriar la bandera. Y los alumnos aprendían... y respetaban a su anciano maestro cuando el cansancio y el peso de los años le hacían cabecear en plena clase. Don Federico era para ellos un símbolo, un hombre grande que recientemente había sido agasajado por los AA. AA. con un ágape de gratitud, con un pergamino y una campana de plata, evocadora de sus buenos tiempos de consejero.

Otra faceta interesante: el deporte, que fue para él un campo de apostolado indirecto. Lo aprovechó y lo fomentó para oxigenar el ambiente colegial. Muchos de los antiguos lo recuerdan todavía confeccionando pelotas de frontón, con trapos y goma, para que jugara un grupo de alumnos bilbaínos huérfanos, que pasaban casi todo el año en la casa salesiana. Los chicos captaban bien las delicadezas de don Federico y le respondían de maravilla.

Corren no pocas fotografías suyas en el patio, feliz entre los ases del balón de 1.ª división, árbitros de honor en las competiciones de las fiestas grandes. Rodeado y casi aplastado por la muchedumbre juvenil.

Con respecto a los hermanos fue un hombre entrañable, aunque pudiera parecer serio y reservado a los que le veían por primera vez, con su corpulencia y su inconfundible vozarrón. Conocida es de todos la amistad que le unió con don Jesús Almazán, catequista de tantas generaciones, con el que compartió fatigas y alegrías sin cuento.

Un ex director suyo atestigua que siempre supo tomar para sí los papeles odiosos y que, con mano suave y corazón abierto, ayudó como pocos a los jóvenes salesianos, compenetrado con ellos, dispuesto a sustituirles en las asistencias, haciendo acto de presencia en momentos de apuro, disculpando, alentando siempre. ¿Sería el ejemplo de Don Rinaldi el que influía en la mente y en el corazón de aquel infatigable consejero, que siempre tuvo al sirviente de Dios por modelo y guía, después de tratarlo personalmente en esta Casa?

Si tenemos que hablar de obras materiales realizadas por don Federico, no podemos pasar por alto la reconstrucción y organización de esta casa en terminando la guerra. Junto con el padre Viñas y luego con don Modesto luchó denodadamente por sacar de un montón de escombros cuanto hubiera de aprovechable para hacer frente a las pri-

meras necesidades de la comunidad y de los chicos que poco a poco fueran reuniéndose aquí. Quedaba atrás el triste recuerdo del encierro en la calle Aragón, junto a sus sobrinos, que le tuvieron escondido durante casi tres años y no permitieron recibiera la ayuda económica del entonces prefecto de Mataró, don José Pintado, para que pudiesen tenerla otros salesianos menos afortunados que él. De estos dos sobrinos suyos, los hermanos don José y doña María, doctor en Medicina y profesora de piano, respectivamente, estuvo siempre muy orgulloso don Federico. El primero le trató clínicamente largos años, hasta la muerte, acudiendo a Sarriá con un cariño y devoción ejemplares, mientras que la segunda fue su apoyo en el Oratorio Festivo de Badalona, tanto por lo que atañe a la preparación de los cantos de iglesia y de las zarzuelas del padre Alcántara, como por lo que tuvo que andar recogiendo obsequios, de varios establecimientos y casas particulares, para la feria de la Inmaculada, que era el mayor acontecimiento de aquel histórico oratorio.

Es elocuente por demás el testimonio de su antiguo director, el Rvdmo. don Modesto Bellido, a quien ya hemos aludido:

«Uno mis oraciones a las vuestras. Se trata de un Hermano muy benemérito de Sarriá. Por esa Casa trabajó intensamente y con gran sacrificio antes y después de la guerra. Tenía yo con él grandes deudas de gratitud. ¡Qué ayuda tan preciosa prestó a todos, al reanudarse las actividades de la Casa, en medio de las ruinas! El fue nuestro confesor en aquellos momentos difíciles y trabajador incansable en dar vida a la iglesia e ir dotándola de las cosas más indispensables.

Me figuro se habrá puesto de relieve su enorme sacrificio por el Oratorio de Badalona. Me daba pena ver partir a él y a otros salesianos coadjutores los domingos por la mañana: sabía que debían recorrer a menudo no pocos kilómetros a pie, por falta de transportes en la ciudad; y esto lo mismo en invierno que en verano. Regresaban bastante tarde por la noche, cansadísimos, pero contentos por la correspondencia de aquellos muchachitos. Y el bueno de don Federico era el alma de todo. Mi impresión es que el gran desarrollo actual de Badalona se debe en parte a los sudores y sacrificios de aquellos tiempos heroicos. Ciertamente que Badalona y Sarriá tendrán en él un buen intercesor.»

No podemos terminar sino aludiendo a su profunda y sencilla piedad. La Santa Misa era para él el todo, de forma que tuvo que sufrir mucho cuando en los últimos meses no podía llegar al altar, por la pesadez de sus miembros. La Virgen Auxiliadora, su Madre buena, le alentaba y bendecía sus pasos: esto decía sujetando fuertemente el rosario. Las dos columnas de su vida.

Cuentan que el año 1931, cuando la quema de conventos e iglesias en la Ciudad Condal, el obispo mártir, Mons. Irujo, mandó rezar unas preces de desagravio en el Mes de María, siendo don Federico el encargado de dirigirlo, ante los chicos, en el santuario de Sarriá. Pues bien: aquel consejero de voz atronadora se emocionó en plena lectura, comenzó a sollozar y hubo de bajar del púlpito ante la sorpresa y conmoción del auditorio, que, sin él desearlo, captó la hondura de su piedad mariana y de su amor a la Iglesia.

El diagnóstico del médico fue *arteriosclerosis generalizada*, y un colapso cardíaco la causa próxima de su muerte. El funeral, solemnisísimo, con una concelebración de más de treinta sacerdotes, pues hubo la feliz coincidencia de la tanda de ejercicios para los directores de Barcelona y Valencia en el Tibidabo. La barriada de Sarriá y un crecido número de Antiguos Alumnos se volcaron en masa, dando el último adiós al buen amigo, al sacerdote ejemplar, al hijo de Don Bosco que había caído en la brecha.

El Señor nos depare muchas vocaciones de ese temple.

A nosotros nos toca acompañarle con el tributo de nuestra oración.

Pedid por esta Casa y por el que se profesa afmo. hermano en Don Bosco.

JAIME LAGUIA, SDB
Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO: Sacerdote Federico Jordana Balust, nacido en Sarroca de Belleria (Lérida-España) el 14 de julio de 1889, fallecido en Barcelona el 9 de noviembre de 1970, a los 81 años de edad y 62 de profesión.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO